

Enrique Molina

Nietzsche dionisiaco y asceta

SU VIDA Y SU IDEARIO

II

Las Consideraciones inactuales



E 1873 a 1876 escribió Nietzsche sus *Unzeitgemässe Betrachtungen*. Había pensado que fueran trece, pero compuso sólo cuatro. Al título no se le ha encontrado mejor traducción que el de *Consideraciones inactuales*, aunque las materias tratadas en esos opúsculos son de la más detonante actualidad. Queda como explicación valedera que con «inactual» haya querido decirse «contrario al espíritu de su tiempo». Las *Consideraciones* son en realidad escritos en que una acerba crítica en los dos primeros desbroza el camino o prepara el terreno para presentar en los dos últimos como modelos a la nación alemana y al mundo a Schopenhauer y a Wagner. El cuadro de su época es para Nietzsche espeluznante. Significa la disolución

de la verdadera cultura. Las aguas de la religión se retiran y dejan pantanos tras ellas; las naciones viven separadas, mirándose como grandes enemigas: las ciencias se deshacen en minucias y carecen de una base sólida. Cada hecho sirve a la barbarie que se aproxima. En la tierra todo se halla determinado por las fuerzas más groseras y más malas, por el egoísmo de los negociantes y el poder de los militares. La existencia del hombre nuevo muestra una indecible pobreza y agotamiento, a pesar de las pintarrajeadas apariencias tomadas a culturas anteriores. En su interior reinan opaco abatimiento, aguda intranquilidad, deshonrosa miseria. Nada descansa en él en sólida base ni en firme creencia. Su cultura consiste en un saber acerca de otras culturas. «Yo quisiera, exclama el filósofo, expulsar de mi estado ideal a los hombres que se llaman cultos, como Platón quería hacer otro tanto con los poetas; este sería mi terrorismo».

La primera de sus «Consideraciones» la dirigió contra David Strauss, a quien tomó como tipo representativo de los males que quería atacar. Siendo que el estado de sus ojos no le permitiera trabajar, pudo salir avante gracias a la ayuda de von Gersdorff que había ido a verlo y le sirvió de secretario, escribiendo bajo su dictado. Se trata de un libelo cruel en que se zarandea sin piedad al autor de la famosa «Vida de Jesús» y de la obra «Antigua y Nueva Creencia», que acababa de publicar. Comienza Nietzsche por llamar la atención sobre los peligros que la victoria del 70

encierra para la verdadera cultura alemana. «Una victoria se puede convertir en derrota, dice, puede significar la extirpación del espíritu alemán en beneficio del Imperio Alemán». Quiere que el tenaz y tranquilo valor desplegado por los alemanes al frente del ardoroso entusiasmo francés se vuelva contra el enemigo interior. ¿Quién es este enemigo? La «intelectualidad» (Gebildetheit), integrada por los periodistas y fabricantes de novelas, tragedias, canciones e historias, que se dan ínfulas de ser los corifeos de la cultura. La disciplina del ejército y el don de obediencia del pueblo alemán carecen de relación con su cultura. Los macedonios poseían estas cualidades y eran infinitamente inferiores a los griegos, que no las poseían. Pero es que el puro concepto de cultura se ha perdido en Alemania. «Cultura es, ante todo, la unidad de los estilos artísticos en todas las manifestaciones de la vida de un pueblo y sólo el artista es hombre verdaderamente culto». ¿No habrá en esta concepción, preguntamos, excesiva estrechez y unilateralidad de criterio? Alemania no posee, afirma nuestro filósofo, una cultura original. Ha imitado y sigue imitando a los franceses. Los culpables de esta deplorable confianza, del engaño de creer en una cultura propia, de este embriagarse con los laureles de la última guerra, son los «filisteos de la cultura» (Bildungsphilister). Strauss es el modelo acabado del filisteo, polo opuesto del artista, es el perfecto sasisfecho con el actual estado de cosas. Así se manifestaría cínicamente en su «Antigua y nueva creencia».

Se mofa Nietzsche de Strauss suponiendo que éste se ha hecho tal vez la ilusión de crear con su libro una religión nueva. ¡Pobre Strauss!, no ha sabido que ha salido perdiendo. Algunos ingenuos creían antes que era un pensador. Ahora, con la publicación de la obra, el filósofo se les ha reducido a creyente (Bekenner). A Nietzsche le encocora, le indigna, le repugna y le empalaga Strauss con su optimismo beato, y lo fustiga por ramplón, por vulgar, por no entender a Kant y por atreverse a criticar a Schopenhauer sin entenderlo tampoco. Acusa aún a Strauss, nuestro filósofo, de inconsecuente por sostener la igualdad de los hombres desde un punto de vista moral, a pesar de la clara prueba en contrario dada por el darwinismo, que aparenta profesar. En este punto vuelve sus dardos Nietzsche contra los hombres de ciencia que se emborrachan con sus pequeñas investigaciones para eludir las interrogaciones fundamentales que presenta la vida: ¿Por qué? ¿De dónde? ¿A dónde? Al formular este cargo infundado Nietzsche se ha equivocado sobre el verdadero concepto de ciencia. Entre sus finalidades no figura el dar respuesta a esas preguntas inquietantes. Y ni aun la metafísica, encargada por su naturaleza esencial de encararse a la esfinge de las últimas cuestiones filosóficas, no la ha encontrado todavía en forma definitiva.

Como si aun fuera poco lo dicho, presenta Nietzsche a Strauss como mal comediante. El autor de «La Vida de Jesús» habría deseado ser tenido por un Les-

sing redivivo, por el Voltaire de su tiempo, y, como su juego fué descubierta, quedó en ridículo.

Strauss recibió, al parecer, tranquila y dignamente la andanada y no contestó una palabra al sañudo ataque. No faltaron ciertamente quienes aplaudieran, pero fueron pocos. El libelo fué en general, censurado y el aislamiento y desconfianza que rodeaban a Nietzsche desde la publicación del «Origen de la Tragedia» se acentuaron. Tornóse más dura la excomunión que los filólogos habían lanzado contra él. El número de asistentes a sus cursos de la Universidad disminuyó en forma considerable, y hubo días en que el vacío era completo; no había uno solo.

La segunda de las Consideraciones lleva por título «Sobre la utilidad e inconvenientes de la Historia para la vida»: Principia Nietzsche por hacer suyas las siguientes palabras de Goethe: «Me es odioso todo lo que solamente me instruye sin aumentar mi actividad o infundirle nueva vida». La tesis de Nietzsche es que su siglo padece de una «enfermedad histórica», por exceso de historia que sofoca las fuerzas plásticas de la vida. «Tanta historia no es necesaria para los jóvenes, como lo muestran los antiguos (que casi prescindieran de ella) y, al contrario, en alto grado peligrosa, como lo muestran los modernos, que casi abusan de ella».

Nietzsche distingue historias monumentales, críticas y anticuarias. Naturalmente la enfermedad histórica en esta última forma es la más grave de todas. El sentido anticuario de la historia es de veneración a cierto

pasado, arraiga al suelo nativo, al lugar en que se vive, a los objetos, prácticas y recuerdos de edades anteriores. Como ninguna hace conservador. El anticuario en vez de poseer las cosas antiguas, es poseído por ellas. Lo nuevo se mira con aversión; lo pequeño, lo limitado, lo apolillado, lo envejecido, cobra un valor especial. Se ve que Nietzsche no tiene alma de coleccionista y menos la tendrá después con la existencia errante que ha de ser su sino. La historia monumental se yergue para dar ejemplos y corre el peligro de convertirse en construcción poemática, en obra poética. Constituye una deformación del pasado, extravía a gobernantes y políticos, y es causa de crímenes, asesinatos, guerras y revoluciones. Ahoga, se entiende, las nuevas manifestaciones del espíritu y, entre ellas, las del arte. Lo grande ya existe, proclama: no hay que esperar algo grande del arte nuevo. Lo que equivale a decir: «Que los muertos entierran a los vivos». En esta materia el cristianismo ha celebrado un contubernio tácito con la historia. Como ésta, estima él que todo lo grande ya está hecho. ¿Qué otra actitud se puede esperar de una religión que, de toda la existencia, da la mayor importancia a sus últimos momentos? Aprecia esa religión, sobre todo, el «memento mori» y no el «memento vivere» que mira al porvenir. Para servir a la vida, la única conveniente es la historia crítica que enjuicia el pasado. Pero la historia deben escribirla hombres experimentados y eminentes. Quien

no ha vivido nada grande y elevado no sabe ver esas cualidades en los tiempos pretéritos.

Hay cosas de que Nietzsche abomina constantemente, como ser el cristianismo, Sócrates, las masas populares. Su abominación de la ciencia o de cierta ciencia es, en cambio, característica del primer período de su vida. Ya hemos visto en líneas recientes cómo dice que las ciencias se deshacen en minucias y carecen de una base sólida. En el ensayo que examinamos fustiga a los hombres de ciencias como obstáculos, a la par que la historia, para la eclosión de individualidades superiores. Esos científicos suelen no ser más que carreteros acarreadores de datos, y se ve el caso de que los carreteros decreten que el genio está de más. Otro síntoma de decadencia: dicen que es menester popularizar la ciencia. Y los turiferarios hablan con este motivo en términos grandilocuentes del sabio que descende hasta su pueblo, cuando no ha hecho otra cosa que descender hasta el fondo de sí mismo ya que nunca ha sido nada más que pura plebe.

La historia inclinaría al hombre a sentirse decadente, epígono de edades anteriores insuperables. Un estado anti-histórico o superhistórico es el seno de donde salen los grandes hechos. En tono virilmente admonitorio, dice nuestro autor: «Formaos el ideal de algo que corresponda al porvenir y olvidad la preocupación de ser epígonos. Cuando busquéis biografías no elijáis aquellas que digan Fulano de Tal y su tiempo sino Un Luchador contra su tiempo. Saturáos de Plutarco si

queréis, pero atreveos a creer en vosotros mismos mientras él cree en sus héroes».

Aduce Nietzsche en favor de su tesis el ejemplo de los griegos. En su concepto el pueblo griego era un pueblo de sentido no histórico. Un hombre de nuestro tiempo transportado a la Antigua Grecia habría dicho de sus habitantes que eran gente inculta y un griego trasladado a nuestros principales centros diría que éramos «enciclopedias semovientes». El arte y la religión son los llamados a limpiar el alma humana de la herrumbre con que la anquilosan la ciencia y la historia, son los llamados a entonarla, y a dar las bases de una verdadera cultura que permita al hombre dejar de vivir en el engaño y andar como una mentira con piernas.

Queda dicho en páginas anteriores cuán unilateral y estrecha nos ha parecido la concepción de Nietzsche de reducir el ámbito de la cultura a las actividades del arte. Ahora agrega Nietzsche al arte la religión. Se amplía el campo ciertamente, pero aun permanece limitado y estrecho. Sobreviene además una actitud contradictoria en virtud de los continuos ataques de que nuestro filósofo hace objeto a las religiones.

Consecuente con su idea rectora agrega Nietzsche: «Ningún artista realizará su obra, ningún general alcanzará la victoria ni ningún pueblo la libertad si no saben colocarse en una situación antihistórica». Puede esto ser muy cierto, agregamos nosotros, desde el punto de vista de la conveniencia de enfocar un momento

actual con la concentración de todas las potencias del alma. Lo cual no obstaría a que ese artista, ese general y ese pueblo debieran parte esencial de su formación espiritual y del vigor de su carácter a la historia. Una tradición nacional heroica es una energía vigorizadora para la psiquis colectiva como los ejemplos de valor de hombres esforzados lo son para la psiquis individual.

Los males de la historia se han hecho más sensibles en el siglo XIX en Alemania, por la influencia de la filosofía hegeliana. Ella ha contribuido a que los alemanes, pueblo sin cultura propia y sin sentido de la forma, dejen en segundo término a los poderes espirituales del arte y de la religión y entronicen la historia como divinidad poseedora de los secretos del mundo, espejo y fuente donde se mira el desarrollo del «proceso universal», del «concepto realizándose a sí mismo», de «la justicia» y de la «dialéctica del espíritu del pueblo». Palabrería toda con que el sistema hegeliano conduce a santificar los hechos consumados, a someterse a ellos, y a que los alemanes justifiquen su propia época como resultado necesario del proceso histórico.

Por último descarga Nietzsche sus golpes contra Eduardo von Hartmann. No acepta nuestro filósofo la concepción del proceso universal tal como lo propugnan Hartmann en su obra «Filosofía de lo inconsciente». Ve en él Nietzsche la consagración de lo décrepito y el aplastamiento de los bríos y derechos de

la juventud. Se la incita a que sea pronto útil, a que busque cuanto antes el lucro y la ganancia, apartándola torpemente de seguir paso a paso el desenvolvimiento que corresponde a su edad para que sea en esa hora estelar nada más que espléndidamente joven. ¿No se diría que eran palabras dirigidas a nuestros hombres prácticos de hoy cuando opinan en materias de educación? Entra en seguida Nietzsche a atacar uno de sus temas favoritos: su aversión a las masas: «Que se continúe escribiendo la historia, dice, desde el punto de vista de las masas y buscando en ella las leyes relativas a las necesidades de éstas, o sea, a las de las bajas capas de la sociedad, capas de barro y arcilla. Por lo que a mí respecta, creo que las masas merecen ser consideradas sólo desde tres ángulos: como copias borrosas de los grandes hombres, hechas en mal papel y usando planchas gastadas; como opositoras a esos mismos grandes hombres, o como instrumentos de ellos. Por lo demás, «que se las lleven el diablo y la estadística». Mas, con todo su aristocratismo, hace mofa también Nietzsche de las tendencias egoístas que entraña la filosofía de Hartmann. «Hay que cuidar, dice nuestro autor, con sorna, de que el egoísmo sea un egoísmo prudente, que sepa ponerse límites, comprendiendo que así se mantendrá mejor. La historia sirve mucho para dar a conocer el egoísmo imprudente. Por medio de éstos estudios se ha llegado a descubrir la importante misión que corresponde al Estado en el sistema mundial de los egoísmos: debe ser el patrón y pro-

tecor de los egoísmos prudentes, poniendo en juego todo su poder policial y militar para impedir las peligrosas irrupciones del egoísmo imprudente».

Nietzsche zarandea a von Hartmann con la magnífica verba, el humor, la burla y hasta con el sarcasmo que sabía gastarse Mariano José de Larra en sus artículos.

Dejando para el final el examen de las cuestiones fundamentales a que dan lugar las ideas de Nietzsche no quiero silenciar mi parecer de que nuestro filósofo ha hecho cargos a la historia que se justificarían sólo en cuanto dirigidos a la mera erudición. Pero la historia es mucho más. Se llega a creer que Nietzsche hubiera escrito su ensayo imaginándose siempre eruditos sin vuelo, estériles y poltrones.

Las Consideraciones Tercera y Cuarta tienen finalidades laudatorias, una en pro de Schopenhauer y la otra de Wagner, pero no se acallan en ellas ni con mucho las notas críticas que predominan en las anteriores.

«Schopenhauer como educador», es el título de la tercera. Desde la raya parte nuestro autor con latigazos en contra de la vulgaridad y de la ramplonería. Los hombres forman un ganado sin individualidad, siendo que cada cual constituye una forma única, un molde que no se repite y al cual debería dársele expresión auténtica y completa (1). «Sé lo que eres» debe

(1) En mi estudio «Del cultivo de las letras», publicado antes de estudiar a Nietzsche, hace cerca de 20 años, digo: «Desde que existe la humanidad, tú, pensador o artista sincero, eres único. No ha habido otro como tú. No habrá tampoco otro como tú. Cada molde se rompe al echar al mundo su criatura y no se repite»; («Por los valores espirituales» 2.^a edición).

ser nuestra divisa; pero los hombres, por pereza o por temor, no la siguen. Cada cual teme al vecino y todos continúan formando un tropel adocenado. «El verdadero educador te descubre cuál es el sentido profundo y la sustancia fundamental de tu ser, algo en el fondo ineducable e inmodificable (Unbildbares). Tu educador no puede ser más que tu libertador para que te encuentres a ti mismo». Su labor semeja al jardinero que aparta las malezas, escombros y gusanos que amenazan los delicados gérmenes de las plantas, deja que se viertan sobre ellas corrientes de luz y calor, implora, imita y completa a la naturaleza».

Nietzsche confiesa aquí su gratitud al gran educador de quien se ocupa y cuya acción tuvo la gloria de recibir en graves momentos de su vida, aunque fuera sólo por medio de sus obras y no en forma directamente personal.

Critica Nietzsche la educación que se da en Alemania. No hay verdaderos educadores en su país. Los gimnasios atiborran a sus alumnos de ciencia indigesta y las universidades no sirven para nada. Quien quiera prepararse para ser escritor u orador no encontrará donde hacerlo. Los alemanes parecen ignorar que el escribir y el hablar son artes que necesitan ser cultivadas. No se ofrecen dignos ejemplos de moralidad. La virtud es una palabra de la que se ríen maestros y discípulos. Y más vale que así sea, porque si no se rieran, serían unos hipócritas.

¿Será exacto, será justo este cuadro? Por el conocimiento que tenemos de la educación alemana nos resistimos a aceptarlo como tal.

El alma moderna, continúa nuestro filósofo, es presa de una gran flaqueza moral. Vacila entre lo antinatural que ha predicado el cristianismo y la vuelta a lo natural que aconsejó la resurrección del paganismo. Y en esta crisis se nota la ausencia de maestros que, con fuerza suficiente para sostenerse a sí mismos, la tengan también, y con ella la autoridad necesaria, para servir a los demás de guías y ejemplos.

Schopenhauer ha sido uno de estos educadores. «Entiendo a Schopenhauer, dice Nietzsche, como si hubiera escrito expresamente para mí». A él no le gustan las paradojas ni se complace en deslumbrar. Escribe guiado por la norma de «no engañes a nadie y menos a ti mismo». Su palabra, expresión de un buen corazón, es honrada y austera. Escribe con la flexibilidad de un buen escritor francés; a veces recuerda a Goethe; pero, fuera de esto, jamás hace pensar en un modelo alemán. Sabe decir lo profundo sencillamente, lo conmovedor sin retórica y lo científico sin pedantería. ¿De qué alemán podría haber aprendido estas cualidades? Otra de sus normas es que un filósofo, no debe servirse nunca de recursos poéticos o retóricos. Sólo Montaigne muestra una honradez literaria igual o superior a la de Schopenhauer.

Importante es que el filósofo sirva también con su vida de paradigma a los demás. Kant no sirve para

esto, en el sentir de Nietzsche, Schopenhauer sí. Kant se mantuvo aferrado a la Universidad, sometido a los gobiernos, y dentro de la apariencia de observar una creencia religiosa. Su ejemplo no ha podido producir más que profesores universitarios y profesores de filosofía. Schopenhauer no se avino con la casta de los doctos y se mantuvo independiente del estado y de la sociedad. He aquí su ejemplo.

Schopenhauer fué un solitario. Su obra permaneció desconocida y la mayor parte de la primera edición no tuvo más destino que ir a parar al trasto de los papeles inútiles. Nietzsche se detiene con delectación en la soledad de Schopenhauer. Parece columbrar la situación que le traerá su propio porvenir.

El problema de la verdad inquietó a Schopenhauer. Lo resolvió superando el escepticismo y el relativismo kantianos, y no deteniéndose hasta encontrarle un sentido total a la vida. Estudiada ésta desde un punto de vista individual, nos lleva a la consideración de nuestras necesidades, miserias y limitaciones, para las cuales el remedio se encuentra en el sacrificio del yo y en su sometimiento a las nobles normas, ante todo, a las de justicia, compasión y misericordia.

El genio y la santidad son los más altos valores de la cultura, dice Nietzsche; pero generalmente el mundo que los rodea los desconoce. El tiempo en que el genio vive suele ser un padrastro para él. Mas por encima de lo transitorio y fluente que representa el tiempo se hallan el Ser y la Vida como algo superior a las formas de

una época dada, y más de una de decadencia, cual la nuestra. Schopenhauer fué un luchador contra su tiempo, contra las mentiras del mudable devenir y sustentador de los valores del Ser y de la cultura. Tomó una actitud que hace recordar a Parménides.

Los filósofos y los artistas (¿en representación del genio?) y los santos elevan al género humano sobre la corriente de vulgaridad en que ruedan los más de los hombres. Estos no van sino tras su bienestar y la satisfacción de sus deseos: son como animales. Los filósofos, artistas y santos, al revés, se sobreponen a esos bajos impulsos y son los verdaderos hombres, la sal de la tierra.

La cultura de la humanidad depende de que éstos aparezcan y puedan subsistir. He aquí la gran faena humana: que florezcan genios y santos. Pero hay falsas formas de cultura, negadoras de los grandes hombres que lo impiden. Contra ellas es menester combatir, lo que equivale a enfrentarse con otras tantas formas de egoísmo.

Primeramente el egoísmo de los hombres de acción y emprendedores. Creen éstos que la cultura consiste solamente en producir bienes materiales y acumular dinero.

En segundo lugar, el egoísmo del Estado que hace fácilmente suyas las finalidades de los anteriores. Insiste Nietzsche en la incapacidad del Estado para favorecer el desarrollo de verdaderos filósofos. El ambiente oficial ahoga la libertad. La unión del Estado

y la filosofía no tiene otro sentido sino el de que la filosofía sea incondicionalmente útil al Estado; esto es, que ponga los intereses del Estado por encima de los intereses de la verdad. Subsidiariamente se dedican los profesores en las universidades oficiales a la historia de la filosofía. Pero, ¡qué historial! La única crítica posible de una filosofía, la que prueba algo, la de ver si se puede vivir conforme a ella, no se enseña en esas universidades. En cambio se rellena la cabeza de los jóvenes con la descripción de cincuenta sistemas que son puras palabras y a las cuales se oponen otros cincuenta grupos de palabras para inutilizar las primeras. ¡Ay! de los pobres e inexpertos jóvenes.

En tercer lugar, el egoísmo de los que se imaginan que el quid de la cultura estriba en las buenas maneras. Deplora con este motivo Nietzsche la funesta influencia ejercida por los vencidos franceses sobre los vencedores alemanes. «Ser culto consiste para esa gente en encubrir cuán miserable y malo se es en el fondo, cuán animal de presa en lo que persigue, cuán insaciable en acumular bienes de fortuna, y cuán egoísta y desvergonzado en la busca de goces».

Y, por último, el egoísmo de la ciencia y de sus servidores, los doctos. Complacido vuelve Nietzsche a éste que es uno de sus temas favoritos. La ciencia es respecto de la verdadera sabiduría lo que la gazmoñería o virtud afectada (*Tugendhaftigkeit*) es respecto de la santidad. La ciencia es fría y seca. No sabe de los anhelos profundos del alma humana, ni de los sen-

timientos de insuficiencia y limitación que la angustian, ni de amor ni de dolor. Todo lo reduce a problema del conocimiento, a dialéctica, a datos.

Es muy cómodo ocuparse de verdades que no signifiquen molestias ni amenazas para nadie. Se llama a esto cultivar la «ciencia pura». La filosofía alemana tendría que aprender a dejar de ser «ciencia pura». Un gran pensador es peligroso como un incendio, según la expresión de Emerson; pero estemos sin cuidado. Los pensadores académicos no tienen nada de incendiarios ni son peligrosos. A ellos cabe repetirles lo que decía Diógenes de un filósofo que le alababan mucho: ¿Qué puede tener de grande, exclamaba, cuando ha cultivado tanto tiempo la filosofía y no ha perturbado a nadie? El amor a la filosofía es algo terrible y poderoso a la vez. Ambas cosas las puso de manifiesto Schopenhauer y seguirá poniéndolas. Para eso hizo su vida dentro de condiciones ejemplares. Mostró carácter viril y conocimiento de los hombres, no estimó la educación docta y no se sometió a amarras patrióticas ni a la sujeción del Estado. No tuvo tampoco necesidad de ganarse el pan. En resumen: libertad y siempre libertad, el mismo maravilloso elemento en que se formaron los filósofos griegos.

Con las exageraciones propias de su temperamento, Nietzsche niega la participación que les corresponde en el desarrollo de la cultura a las universidades, a la ciencia, al Estado, a los hombres de acción. Es claro que quedaría por definir en qué forma han de proce-

der estas entidades para que su aporte sea fructífero. Nadie ha de negarle a nuestro autor la razón que le asiste al reclamar libertad completa para la labor del filósofo. Si bien por supuesto la acepta, no se ha detenido Nietzsche a considerar explícitamente el pesimismo, doctrina básica del sistema de su maestro. Por lo demás, qué de magníficos y vigorosos párrafos podemos admirar en este ensayo sobre la influencia educadora de un verdadero filósofo.

La cuarta y última de las Consideraciones lleva por título «Wagner en Bayreuth». Ya sabemos con qué cálida adhesión, con qué admiración, con qué entusiasmo Nietzsche se apegó a Wagner. Este ensayo que nuestro filósofo le dedica es un estudio panegírico del gran músico, escrito con más exaltación, si cabe, que las anteriores Consideraciones. Nietzsche escribía siempre con exaltación, como si no hubiera escrito nada antes y no fuera a escribir nada después: «con toda su vida, como decía él mismo, y dando a luz cada proposición como una verdad sangrienta», excelente condición de escritor, pero que se expone a caer en frecuentes contradicciones. Es lo que le ocurre a nuestro autor. Así en este ensayo reconoce sin observación alguna de su parte el amor de Wagner por el pueblo y en el dedicado a Schopenhauer acaba de referirse a las masas con el mayor desprecio.

Wagner estaba poseído de un extraordinario afán de ilustrarse, extraordinario aun entre los alemanes que ya constituyen un pueblo gustador del aprendizaje.

Para su obra se apropió Wagner todos los elementos de la más elevada cultura. Con qué variedad de ricos matices se nos presenta así su fuerte personalidad. Es músico, poeta y dramaturgo, o sea, reúne en sí el conjunto de condiciones que producen el extraordinario caso del poeta dramático ditirámbico, verificado antes de Wagner sólo en Esquilo. En cuanto músico es maestro universal de su arte y como dramaturgo lo es de la escena. Nadie puede disputarle la gloria de haber creado los más altos modelos para todas las artes de la representación en grande. Es filósofo, historiador, esteta y crítico «No conozco ninguna página sobre estética de otro escritor que arrojen tanta luz como las suyas. Sus intuiciones sobre el nacimiento de la obra de arte son fundamentales. Ha escrito «Beethoven», «Sobre el arte de dirigir», «Artistas dramáticos y líricos», «Estado y religión», «Opera y drama». Wagner se ha interiorizado en la historia de las religiones y de los pueblos. Pero no ha tomado la historia como la acostumbran los doctos, para adormecerse en una indolente y satisfecha apatía. No ha sido para él la historia opio contra todo aliento renovador. Ni tampoco lo ha sido la filosofía. El problema fundamental (die wichtigste Frage) de toda filosofía me parece, dice Nietzsche, que consiste en averiguar hasta qué punto las cosas son inmodificables y, una vez contestado esto, lanzarse con firmeza al mejoramiento del mundo en todo lo que es susceptible de transformación. Así procedió Wagner.

Nietzsche aparece en las líneas anteriores anticipándose un poco a postulados de la filosofía norteamericana pragmatista y meliorista.

Mirado en conjunto Wagner como artista tiene para Nietzsche, fuera del genio de un nuevo Esquilo, algo de Demóstenes: la austera seriedad para encarar los problemas y el poder de dominarlos plenamente. Como éste, oculta su arte o hace olvidarlo, en tanto obliga a pensar en la cosa misma. No se parece a los músicos anteriores a él que convierten su arte en un juego y tratan de lucir su maestría. La obra de arte wagneriana no hace pensar ni en lo interesante, ni en lo que produce goce, ni en lo artístico, ni siquiera en Wagner, sino sólo en algo que se impone como necesario. La música de Wagner deja la impresión de que la que se ha oído antes fuera superficial, apocada, incapaz de hablar un lenguaje libre, compuesta como para ejecutarse ante gente no digna de algo serio.

El arte moderno ha estado prostituído porque se ha hecho de él sólo un motivo de placer, de embotamiento, de emborrachamiento. A los que viven en este ambiente la voz del arte de Wagner, dice Nietzsche, los amonesta como sigue: «Debéis penetrar en mis misterios y, conmovidos por ellos, purificaros. Tened el valor de tentarlo para vuestra redención y dejad el turbio rincón de naturaleza y de vida que es vuestro encercamiento. Os conduciré a un reino que es verdadero. Vosotros mismos diréis cuando volváis de mi mansión a la vuestra donde brilla la luz del día y donde no

hay más que la obscuridad de una topera. La naturaleza es mucho más rica, poderosa, terrible y divina (seliger) de lo que imagináis. Lo contrario a la naturaleza (Unnatur) va a parar a la nada; la naturaleza, al contrario, aspira a la transformación por medio del amor. Aquélla quiere no ser, ésta quiere ser otra y más. Tal como vivís no la conocéis; aprended a ser naturaleza y dejad que en ella y con ella el encanto de mi amor y de mi ardimiento os transformen».

Uno queda en verdad abrumado con tanta grandilocuencia. Parece una admonición de la pitonisa de Delos, de Jehová o de profetas de Israel.

Por experiencia vió Wagner la ignominiosa situación en que se debatían el arte y los artistas en medio de una sociedad sin alma o de alma endurecida. Qué extraño que así fuese dado que nuestra educación es de lo más atrasada, dice Nietzsche. Le falta el aliento de la música como carece del espíritu de la gimnástica en el sentido griego y wagneriano, de la gimnástica que es la hermana de la música en el orden visual. Llamadas la música y la gimnástica a juzgar nuestra organización social saldría ésta condenada sin apelación. El arte moderno es lujo de una sociedad de lujo. Implacable y mañosamente emplea ésta su poder para reducir cada vez más al que no lo tiene, al pueblo, a su servicio. Por compasión al pueblo, Wagner se hizo revolucionario. Volvamos a la naturaleza, había dicho antes. No olvidemos el pueblo, dice ahora, el pueblo poeta es el verdadero artista. Producto y expresión de

las necesidades del pueblo es el mito y otro tanto cabe decir de la música, aunque ésta tiene más misteriosos orígenes. Ambos elementos llenaban el alma de Wagner. Pero el mito había descendido a la categoría de fábula para deleite de niños y mujeres y la música no era lo que Wagner concebía como tal. Oyó el maestro el llamado de devolver al mito su sentido viril y de hacer hablar a la música el lenguaje que le correspondía. Y de esta conjunción surgió en su mente la idea de una nueva forma del drama, intermediaria entre el mito y la música.

La palabra no ha sido capaz de establecer la unidad entre los hombres, ha fracasado en su tarea de hacer que los que sufren se entiendan sobre sus necesidades. Pronuncian los hombres los mismos vocablos e intercambian análogos conceptos, pero no hay comunión de sentimientos entre ellos. ¡Ay! carece de valor pensar y razonar rectamente cuando no se sabe sentir. A todos nuestros males el lenguaje agrega todavía el de lo convencional que supone. A tales deficiencias viene a poner remedio la música de los grandes maestros. Ella es el instrumento del alma, ajeno a toda convención, lengua alada de la naturaleza y del amor que es su esencia, expresiva de la emoción y el sentimiento (*Empfindung*) apropiados para unir a los hombres en una comunión de belleza trascendente. Wagner ha establecido nuevas relaciones entre la música y el drama, entre la música y la vida.

Lo poético en Wagner se manifiesta en que él no piensa por medio de conceptos sino de cosas o hechos visibles y sensibles; esto es, que piensa míticamente, como siempre ha pensado el pueblo. No hay un pensamiento en el fondo del mito, como se lo imaginan los representantes de culturas refinadas, sino que él mismo es un pensamiento. Aporta una representación del mundo formada con sucesos, acciones y dolores. El anillo de los Nibelungos es un extraordinario sistema de pensamientos sin la textura conceptual del pensamiento. Podría quizás un filósofo poner algo correspondiente a su lado, desprovisto de acción e imágenes, que nos hablara en puros conceptos: tendríamos lo mismo presentado en dos diversas esferas: una para el pueblo y la otra para lo contrario del pueblo, el hombre teórico.

De Wagner el músico, debe decirse en general, que ha dado un lenguaje a todo lo que en la naturaleza no había hablado hasta ahora; no cree que pueda haber algo que permanezca mudo. Se sumerge el artista en la aurora, en el bosque, en la niebla, en las cumbres de los montes, en los precipicios, en los misterios de la noche y en el rayo de luna, y halla que todas esas cosas tiene un secreto anhelo: quieren expresarse, quieren cantar. Cuando el filósofo dice que existe una voluntad en la naturaleza que tiende al ser, el músico agrega: y esta voluntad aspira en todos sus grados a un ser que hable.

Se ve la alusión al nexo existente entre Schopenhauer y Wagner.

Para Nietzsche hizo Wagner en la música algo semejante a lo realizado en las artes plásticas por el inventor de los grupos libres. Este, como un dios, dió vida a los cuerpos, arrancándolos de la masa del bajo relieve en que yacían enterrados. Otro tanto ha llevado a cabo Wagner con las figuras y partes de su música, en forma no alcanzada antes de él. Les comunicó una individualidad que permite contemplarlas plenamente desde cualquier lado. Al mismo tiempo, con qué maestría enfrena y dirige el torbellino de las pasiones que se desarrollan en sus piezas. Y cómo sabe encontrar el lenguaje adecuado para cada una de ellas. La variedad de su registro es tan rica que en él se hallan los tonos propios para una pieza como *Tristán e Isolda* y los que convienen a otra tan distinta como los *Cautores de Nüremberg*.

La serie de las figuras que crea Wagner se destaca como en una marcha ascensional: ellas van mostrando el proceso de la propia vida del artista, aquello que él más ama y a lo que aspira. *Rienzi*, el *Holandés del «Buque Fantasma»* y *Senta*, *Tannhäuser e Isabel*, *Lohengrin* y *Elsa*, *Tristán*, *Isolda* y *Marke*, *Hans Sach*, *Wotan* y *Brunilda* son las etapas de ese camino de perfección. Parece que bajo todos ellos fluyera una corriente subterránea de ennoblecimiento y engrandecimiento que no es otra cosa que la evolución purificadora del alma misma de Wagner. ¿Hay otro artista en quién se pueda mostrar un acendramiento semejante? Tal vez en Schiller desde *Los Bandidos*

hasta Wallenstein y Guillermo Tell, pero no en el grado que en Wagner, y pocos han dado tanta importancia como este maestro a los sentimientos de lealtad: lealtad de hermano a hermano, de amigo a amigo, de servidor a señor. Lo dicho recientemente, que se refiere a la letra y a los mitos de las piezas de Wagner cabe hacerlo extensivo también a su música. En el Anillo de los Nibelungos, cuando Brunilda es despertada por Sigfrido, encuentro, dice Nietzsche, la música de más elevado sentido moral que conozco. Alcanza una altura y santidad de la expresión, tan llena de pureza, tan única, tan libre de bajos impulsos, que evoca las immaculadas y blancas cumbres de los Alpes.

Ya hemos indicado que Wagner no es sólo un reformador del teatro. Haber creado a Bayreuth en las actuales circunstancias ha sido ciertamente una maravilla. La primera idea de su fundación partió de la imposibilidad en que se vió Wagner de realizar su obra en los teatros existentes. Pero Nietzsche entiende a Bayreuth además como un foco de innovaciones en todo sentido. «Para nosotros significa Bayreuth, expresa, la consagración auroral de las horas de lucha. No es solamente el templo del arte lo que nos ha interesado ahí. Vemos en Bayreuth un bastión para la defensa de las más nobles aspiraciones del individuo contra el poder y la traición y, si es preciso, contra la ley y todo el orden de cosas imperantes. Los individuos no pueden vivir más hermosamente que luchando por la justicia y el amor, hasta el sacrificio, hasta la muerte.

No se puede ser feliz cuando todo sufre alrededor de nosotros y nos causa dolor. No se puede ser moral cuando el curso de las cosas humanas lo determinan el poder, la iniquidad y el engaño. No se puede ser sabio mientras toda la humanidad no compita con emulación por la sabiduría. El arte encierra este círculo. Nadie que sufra en la vida puede prescindir de él.

Después de analizar brevemente las obras de Wagner y poner de relieve los sentimientos y formas de amor que alientan en ellas, pregunta nuestro filósofo, para terminar: «¿Ha sido creado esto para nosotros, hombres de la generación actual? ¿Podríais decir «es nuestra vida la que Wagner ha colocado entre las estrellas?» ¿Dónde están los hombres que pudieran mostrar en su existencia algo parejo a la de Wotan y que van siendo a cada momento más grandes, aun cuando retrocedan? ¿Quién de vosotros va a renunciar al poder por saber que el poder es malo? ¿Dónde están los libres, los sin temor, los que han crecido en pura y austera autonomía, dónde están los Sigfridos entre nosotros? ¡Ay! no es Wagner el visionario del futuro de su pueblo, como pudiera creerse, sino el clarividente poeta que interpreta un pasado».

Las «Consideraciones» fueron las últimas obras que escribió Nietzsche en estilo discursivo. Después, debido principalmente al mal estado de su salud, sus producciones capitales las compuso en forma de aforismos, en la que alcanzó una rara maestría.